

IX

Ruedan las horas. La gentil estrella
 Que, vecina del sol, arde en su llama,
 Ya en el confín profundo que se inflama,
 Con trémulo fulgor su luz destella.

Y en pos dejando vividora huella,
 Todavía tu voz suspira y clama,
 Y en límpidas cadencias se derrama,
 Con magia á un tiempo dolorosa y bella.

Mudos los labios, el oído atento,
 Al cielo vuelta la mirada errante,
 Sumido estoy en hondo arrobamiento ;

Y dormiré mientras tu voz vibrante,
 Que hace de un siglo el paso de un momento,
 Guardando el sueño de mi vida, cante.

VÍCTOR E. CARO

APUNTES SOBRE EL POETA PRUDENCIO (I)

II

(Continuación)

No subsisten pormenores sobre los postreros días del insigne vate que celebró la epopeya del martirio é hizo reverdecer y cubrirse de nuevos frutos el árbol ya gastado de la literatura romana. No satisfecho acaso su amor á la

(1) Creímos poder terminar la publicación de este ensayo en el presente número, y por eso pusimos al fin del artículo anterior *Concluirá*. Circunstancias ajenas á nuestro querer, nos obligan á dejar el fin de este escrito para uno ó varios números del año que viene.

Al pie de la página 566, copiámos un epigrama, relativo á los estenógrafos romanos. Lo citamos, por error, como de Juvenal, epigr. 184, libro XIII.

Pertenece en realidad á Marcial, libro XIV, 208.

penitencia con la austeridad de su retiro solariego, se recogió, en opinión de antiguos biógrafos, al templo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, donde escribió el *Enchiridion* ó historia del Antiguo y del Nuevo Testamento, última de sus obras. Allí aguardó plácidamente la llegada de su último suspiro y dejó sus despojos en algún sitio de la gran basílica, enterrados con sobriedad de lágrimas y pobreza de funerales. Sostienen otros con mayor copia de razones haberse extendido la vejez del poeta hasta la época lamentable de Alarico, cuando devastadas las provincias del imperio, penetró aquel bárbaro al frente de hordas salvajes en la capital del mundo, la saqueó á viva fuerza y extendió la desilusión y el desaliento en el ánimo de aquellos patriotas, que, como PRUDENCIO, solían gloriarse de la grande unidad reinante en el universo bajo el dominio de Roma y el vínculo religioso. Sea de ello lo que fuere, ni la historia contemporánea de PRUDENCIO, ni la crítica póstuma determinan con precisión el lugar y la fecha probable de su muerte.

Tampoco se guarda en los museos de Europa medalla, busto ó bajo relieve por el cual se conozcan las proporciones de su cuerpo ó los rasgos de su fisonomía, que debía ser noble y hermosa, si estaba de acuerdo con la nobleza y hermosura de su alma; y al paso que otros escritores de la antigüedad española se complacieron en describir prolijamente su rostro, á estilo de Marcial, de quien sabemos, al leer sus epigramas, que tenía la barba espesa, lacio el cabello, la voz potente y otras condiciones nativas de su persona, nuestro autor miró siempre como frivolidades indignas de un espíritu serio el ir en busca de aplausos y el hacer brillar á la luz del público las cualidades de que se hallaba adornado. Con todo, la imagen de su vida moral, reflejándose con nimbo centellante en sus versos, se mantiene con integridad de esplendor á través de los siglos, y su nombre, ligado íntimamente al recuerdo de sus obras incomparables, vive todavía y seguirá viviendo mientras

en el campo del arte reines inteligencias listas á discernir el oro de la escoria, y gustos capaces de saborear con deleite las producciones felices del ingenio.

En las distintas épocas se han tributado á PRUDENCIO merecidos homenajes de admiración entre los sabios, desde Sidonio Apolinar, quien lo compara con el Príncipe de la lírica romana, hasta el punzante Erasmo, quien ante la memoria del ilustre poeta depone el natural rigor de su crítica y lo apellida el *Pindaro cristiano*; en la Edad Media se le rindió culto apropiado á los más encumbrados Doctores de la Iglesia, y al iniciarse la era reformadora del Renacimiento, no fue parte la reacción contra los artistas cristianos para oscurecer del todo la gloria del representante de la lírica en el siglo IV.

Los asuntos profanos en que sin duda ejercitó sus facultades, antes de convertirse á una vida de ideales supraterranos, cayeron en olvido; pero sus cantos inspirados en el amor religioso lograron triunfo, explicable no tanto por las dotes indiscutibles de su autor, como por la excelencia de las fuentes en que bebió á raudales su inspiración.

Otros poetas del mismo siglo y de todas las edades, que sobrevivieron tristemente á su fama, habrían tal vez inmortalizado su recuerdo, si antes de entregarse á las explosiones rítmicas del sentimiento, hubieran salvado la esfera vulgar de lo terreno, y arrebatados en alas de la fe, no hubieran desdeñado explayar el vuelo de su fantasía en las regiones de la belleza sobrehumana.

(Continuará)

ARTURO ACUÑA

UNA VISITA AL SOBERANO PONTIFICE

Mediante eficaz recomendación del General Carlos Cuervo Márquez, Ministro de Colombia ante la Santa Sede, fui recibido en audiencia privada por Su Santidad Pío X, en su pieza de escritorio, el día 8 de Octubre de 1907, en unión de mi esposa y de mi hermana.